

**TRANSCENDENCIA GEOPOLITICA
DEL DESCUBRIMIENTO DE AMERICA**

**CONMEMORACION DEL XI ANIVERSARIO
DE LA FUNDACION DEL INSTITUTO
GEOPOLITICO DE CHILE**



MARIO ARNELLO ROMO

1992

APARTADO

"Revista Chilena de Geopolítica", Volumen (Año) 8, N° 3, 1992

TRASCENDENCIA GEOPOLITICA DEL DESCUBRIMIENTO DE AMERICA

Ensayo presentado en la Asamblea General Extraordinaria celebrada en conmemoración del XI Aniversario de la Fundación del Instituto Geopolítico de Chile.

MARIO ARNELLO ROMO
Presidente Consejo Directivo
Instituto Geopolítico de Chile

RESUMEN

La realidad geopolítica mundial dio un vuelco extraordinario tras el descubrimiento de América en 1492. La Europa cercada dio paso a una apertura completa al mundo; el Asia detenida se somete luego a las influencias europeas. Finalmente, la cuña expansiva del Islam deviene en un autocerco.

El genio de Colón iba, de este modo, a cambiar la geografía del mundo y es así como las navegaciones y descubrimientos van a constituir el inicio de una nueva era en que a través del mar se logra un solo mundo, un solo destino.

ABSTRACT

The geopolitical reality of the whole world gave an extraordinary turn, after the America's discovery in 1492. The surrounded Europe turned into a complete openness in relation to the world; the stopped Asia turns into a European-influenced continent. Finally, the expansive influence of the "Islam" becomes an autosurrounding.

So, the genius of Colón went to change the world geography and it is so as navigations and discoveries went to make the beginning of a new era to reach through the sea a unique world, a unique destiny.

La celebración de un nuevo aniversario de la fundación del Instituto Geopolítico de Chile y, muy especialmente en este año de 1992, año del V Centenario del Descubrimiento de América, es ocasión oportuna para reflexionar sobre la trascendencia geopolítica que tal acontecimiento tuvo. Asimismo, es oportuno reseñar las inmensas proyecciones geopolíticas que las navegaciones y los descubrimientos posteriores, abrieron a las naciones que supieron intuir las y realizarlas.

Las ciencias siempre tienen su tiempo de reflexión y de maduración. Pero, tantas veces,

ocurre que en la intuición del hombre afloran ideas, deducciones, saberes, conocimientos y certezas, que se anticipan a la ciencia, a su formulación y a sus leyes; y que, por un misterio espiritual o genético ignorado, lo inducen a actuar con la orientación y la coherencia debidas. Así, sucede, también, con los descubrimientos de hace cinco siglos y con la geopolítica.

Un apretado análisis permitirá demostrarlo.

No es posible suponer que los dirigentes de los reinos del Siglo XV, Estados aún nacientes a un concepto de nación todavía indeterminado,

sometidos a las presiones, necesidades y contiendas de ese tiempo, tuviesen una visión de la política y de los objetivos propios y ajenos, fundada en valoraciones y asertos de una ciencia que ignoraban, que no existía ni había sido aún formulada, y cuyos descubrimientos y alumbramientos habrían de venir siglos más tarde.

Pero, en cambio, no es imposible, en conformidad al saber de esta ciencia posterior, intentar desentrañar la lógica, la racionalidad y la consistencia que tuvieron las políticas, los objetivos nacionales y las estrategias de esos reinos en aquel tiempo; o, por el contrario, reseñar las contradicciones y las inconsecuencias que marcan sus miopías y sus errores.

Con todo, más que juzgar, que aprobar o reprobar hechos y actuaciones históricas, interesa intentar descubrir, primero, y describir, después, lo que puede ser considerado como una visión o comprensión del mundo en el tiempo analizado - fines del siglo XV - acorde a los principios y a la ciencia geopolítica.

Sabemos, y lo confesamos de antemano, que la mayor limitación de este análisis reside en la muy marcada orientación que tiene: hacerse desde dentro de la visión, de la cultura y del conocimiento de Occidente.

Pero, también, en descargo de este defecto, debemos señalar que ello coincide con el gran impulso que lleva a Occidente -naciones, imperios y cultura- a expandirse por el orbe y entrar a influir decisivamente en todos los continentes e iniciar un proceso de dominación mundial que se extendió cinco siglos.

La visión del destino de la Nación propia -de ese "ser nación" que vino a asumir el mismo espíritu que ha nutrido siempre, desde hace milenios, con tanta fuerza, con tanta ambición y ansia, la aspiración gregaria del hombre, la voluntad de trascendencia, de dominio y de horizontes perdurables-, se forja al unísono con la comprensión del significado de la geografía. El poder que abren los espacios, los desafíos que

crean y las potencialidades que encierran. El "poder ser" de la nación no está en las estrellas...está en la geografía, que marca y dibuja un destino deseable y posible para ella, y en su pueblo mismo.

La exigencia es ser visionario; es decir, entender lo que escriben las distancias planetarias, para superar con visión e inteligencia los horizontes comarcanos; y, también, entonces, tener carácter y entereza, la voluntad de ser duros, constantes, persistentes y tenaces, para crear el presente y el futuro.

La visión del destino nacional, síntesis de geografía e historia, trae aparejada como consecuencia, al mismo tiempo de estas percepciones superiores, la visión del mundo compatible para el afán asertivo del pueblo imperial.

El "ser nación", capaz de perdurar frente a sus desafíos, en el espacio y en el tiempo propio, suele otorgar al pueblo que tiene esa conciencia el don de entender las fuerzas y los secretos que mueven la historia del universo.

Así se ha construido la realidad del orbe, a través de los milenios. Marca los ascensos de los pueblos, de imperios y las formas superiores de sus culturas...y también sus declinaciones, ocasos y sus muertes.

Y entre las partes de esa Historia, iluminando desafíos y consecuencias trascendentes para tantos pueblos y naciones, imperios y culturas, están los relámpagos del genio individual del hombre, el eco retumbante de una ínfima minoría de resueltos, y la fuerza del espíritu que trasciende el misterio de la oscuridad y de lo desconocido.

Esto es -relámpago y espacios, geografía e historia, espíritu e intuición, trascendencia y destino- el Descubrimiento del 12 de Octubre de 1492. Descubrimiento que iba a cambiar la visión del mundo y la magnitud de los espacios abiertos a la dominación del hombre.

REALIDAD GEOPOLITICA MUNDIAL EN 1492

El mundo conocido a fines del siglo XV por los reinos de Occidente, tanto como para los pueblos de grandes culturas asiáticas o islámicas, era la inmensa extensión de la gran isla-continente euro-asiática, además de las tierras africanas septentrionales, aledañas a los litorales del Mediterráneo, del Mar Rojo y a puntos cercanos al estrecho de Gibraltar en su litoral del Atlántico y al estrecho de Adén, en su litoral del Indico. Más al sur, desierto y montañas, y tras éstos, selvas densas aislaban por entero a lo desconocido.

Apenas, escasas, difíciles y restringidas relaciones comerciales, narraciones de viajeros excepcionales, conocimientos ancestrales repetidos tantas veces en forma de leyendas, tradiciones orales -deformadas por la repetición y la distancia-, permitían vislumbrar la dimensión de ese orbe ignoto, inalcanzable, y las formas culturales que sus pueblos tenían.

Marco Polo, en el siglo XIII, había vivido en el lejano Catay, conocido el Cipango, navegado por los reinos de Asia del Sur y sus islas, viajado por la India misteriosa, y, finalmente, regresado por la tierra de milenarias culturas del Oriente Medio, a su natal Venecia. Sus narraciones -y las copias, repetidas,- eran la base del conocimiento.

Los reinos europeos y cristianos, tenían conciencia de sí mismos, de su cultura y de su universo propio. Sabían de ese otro mundo lejano, habían sufrido a través de siglos ocasionales invasiones de sus hordas guerreras, y sufrían la presencia dominante y la amenaza todavía viva y acuciante del poder islámico, instalado en medio de estos dos mundos.

De manera que, desde este punto de vista, se puede considerar, como macro realidad geopolítica de fines del Siglo XV, la de un orbe euro-asiático-norafricano, circunscrito a un cuadrante entre el Atlántico y los mares de Catay, Cipango y la India; entre los hielos árticos

y los desiertos africanos; y, apenas avanzando hacia las tórridas costas desérticas en el Atlántico o de la Somalía en el Indico.

Ese orbe, esencialmente terrestre, y sólo litoralmente marino, estaba dividido en tres partes.

PRIMERA PARTE: EUROPA CERCADA

La primera parte, la formaba el mundo europeo y cristiano.

La cristiandad salía ya de la concepción medioeval que había valorado prioritariamente la unidad religiosa, la cual, junto a raíces latinas, motivó todas las variantes culturales de sus diferentes pueblos. Sufría, en este tiempo, un doble fenómeno de ruptura. Uno, las tensiones del afán de afirmación nacional de los diversos reinos; y dos, el impulso renacentista e individualista en el espíritu de sus príncipes, intelectuales, artistas, políticos y, aún, religiosos.

En los reinos más avanzados, se forjaban nacientes Estados nacionales, cuyos objetivos primarios los movían a acrecentar su poderío, a dominar a otros, y a requerir de más riquezas para alcanzar tales fines. Por ende, abrir posibilidades de intercambio y de comercio con la otra parte del orbe.

Europa estaba cercada por su propia geografía, sus limitaciones culturales y tecnológicas y por el Islam, poderoso y agresivo.

Por el Norte, la encerraban los hielos árticos y las heladas estepas rusas; al Sur, los desiertos áridos del norte africano; y al Poniente, la desconocida mar tenebrosa del Océano Atlántico. Por el Oriente, el Imperio Turco Otomano imponía una barrera infranqueable.

Esta realidad, sumada a las tradiciones históricas de los pueblos europeos, elevaban a la categoría de grandes imperativos y objetivos para los reinos y ciudades-estados, los objetivos que hoy llamaríamos geopolíticos.

Uno de ellos, valorizado en todos los reinos, e incluso en el Papado, era elegir al Emperador del Imperio Romano Germánico, para influir sobre él. Ese cargo, más allá de su poder real, significaba controlar la gran llanura central europea, al norte del Rhin y del Danubio. Desde la Antigüedad había sido ruta para todas las invasiones del Imperio Romano, y desde la Edad Media, su vigoroso desarrollo era un factor de poder decisivo en Europa. Adicionalmente, en los inquietos años del siglo XV, el espacio germánico era esencial para los propósitos de impedir las amenazas del Este... ruta de invasión de pueblos asiáticos o de otros bárbaros..., y para presionar a los reinos cristianos a enfrentar la amenaza islámica, vigorosamente representada por los otomanos.

Otro objetivo permanente, comprendido profundamente tanto por las ciudades-estados italianas, Venecia y Génova, como también por Cataluña, era sostener las posesiones marítimas e insulares que aseguraban el control de la navegación comercial del Mediterráneo y de sus mares interiores. La amenaza del imperialismo turco otomano a ese comercio y al control del Mediterráneo, generaba otro punto geopolíticamente sensible de la realidad europea del Siglo XV.

Un tercer objetivo, permanentemente sentido en los pueblos germánicos desde el lejano siglo V, era la dominación de Italia. La atracción que ejercía la cuna de la civilización romana, su importantísima posición en el Mediterráneo, su cultura y el prestigio que daba su dominio, seguían siendo un fuerte incentivo para intentar controlarla. A medida que se levantaban los nuevos Estados nacionales, tanto en Francia como en España, ambos intentaban dominar Italia, añadiendo tensiones a las ya tradicionales presiones del Imperio Romano Germánico y del Papado, sobre los principados y ciudades-estados de la península. Como contradicción a lo que ocurría en otros países de Europa, Italia, que había venido anticipándose políticamente a los demás Estados europeos, que expresaba el vigor de las raíces romanas, y era el origen del

renacimiento y de la creación de las ideas políticas actuales sobre la esencia y fines del Estado moderno, estaba más lejos que ninguna otra nación europea de su creación real. Tal vez, por eso mismo, es que en este creativo siglo XV, el prodigio cultural y político que fue Lorenzo de Médicis logra consagrar el principio primero del orden inter-naciones con la Paz de Lodi (1554): la política del equilibrio -("me parece mejor un acuerdo común que una buena guerra", decía)- que trajo cuarenta años de paz para Italia, hasta que fue rota -después de su muerte- por los intereses de Estados extranjeros.

Una cuarta realidad, muy vigorosa, es la que marcan los propósitos integradores y fundacionales de los nacientes Estados nacionales. La valoración del espacio geográfico natural y de una misión espiritual e histórica superior, para conformar España o Francia o Inglaterra, superando diversidades regionales, feudalismos y aún individualidades, lenguas e historias diferentes, con un sentido de unidad y de exclusividad, de poder único y centralizado, y con la voluntad de acrecentar su poderío más allá de sus fronteras, pasan a configurar también, nítidos objetivos geopolíticos de ese tiempo.

Una quinta realidad, visionaria por muchos conceptos, la van construyendo paciente y tesoneramente los Habsburgo en torno a Austria y Hungría, y con claras tendencias a crear un poder central en el centro-sudeste de Europa. El gran objetivo geopolítico que trasunta su creación histórica, es crear en torno al Imperio un poder capaz de unificar a los pueblos germanos, húngaros y eslavos del centro de Europa y del norte de los Balcanes, de oponerse a las invasiones de bárbaros desde las estepas rusas y a las amenazas del Islam, en ese tiempo desde Turquía. Y, al mismo tiempo, un poder capaz de pacificar y ordenar la zona más convulsionada de Europa, tanto por las pugnas de pueblos de diferentes tradiciones y culturas, como por la suma de presiones e intereses dominantes externos: turcos y rusos, primordialmente, a lo largo de siglos de historia...

La sexta y última realidad geopolítica, aunque rudimentaria, apuntaba ya en la voluntad imperial del Zar de todas las Rusias, Iván III el Grande, que desde su flamante Gran Principado de Moscú, invocaba su pretensión de constituir la Tercera Roma. La visión implícita de este poder, manifestado desde el inicio de su expansión, con las luchas contra Lituania y Polonia hacia el oeste, contra tártaros y mongoles de la Horda de Oro y el Kanato de Kazán, en sus constantes esfuerzos por avanzar hacia el sur, ha sido siempre dominar la gran llanura europea al oeste de los Urales y proyectarse hacia el centro de Europa, hacia los Balcanes y al dominio del Mar Negro.

Desconocida en ese entonces, ignorada y no valorada por los otros reinos, existía, sin embargo, y se desarrollaba lenta y pacientemente, la visionaria acción navegante de Portugal por el litoral africano. Sin duda, era la única visión geopolítica verdaderamente nueva en el revolucionario siglo XV. Don Enrique el Navegante la sostiene y trata de asegurar el monopolio para Portugal obteniendo del Papa Calixto III (1456) la primera bula que así lo reconoce. Ya con ese título seguro, avanzan y dominan punto por punto el litoral africano.

Por instinto nacional, por intuición visionaria, Isabel de Castilla, apenas instalada en su trono tras las victoriosas batallas de su causa, firma con Portugal el Tratado de Alcázar de San Juan (1479), en el que junto con su reconocimiento como Reina, se registra la soberanía de Castilla sobre las Canarias y su derecho a navegar y comerciar aún en Africa al norte del Cabo Bojador. Así, sin que exista ningún proyecto al respecto, sin que Castilla sepa todavía navegar, queda abierta una posición geopolítica para el futuro de Castilla y de la Hispanidad.

SEGUNDA PARTE: ASIA DETENIDA

Para los pueblos europeos -y, aún, para sus hombres más cultos e informados-, el mundo asiático y lejano, el Catay, el Cipango, la India milenaria, eran escasamente algo más que nombres envueltos en la bruma de lo ignoto y lo

misterioso. Las narraciones de Marco Polo daban testimonio de su vida y viajes en aquellos grandes reinos en el siglo XIII. El comercio de Venecia y de Génova, traía, desde los puertos del Levante del Mediterráneo o del Mar Negro, los ricos productos orientales: la seda, que completaba así su prodigiosa ruta milenaria; las especias, el incienso, las perlas, el oro... y con ellas, leyendas y cuentos fantásticos. La historia de Alejandro Magno, traía las evocaciones de sus gigantescas batallas con el Rey Poros, por dominar el valle ancestral del Indo; y las crónicas que dos genoveses afebrados transmitían del reino legendario del Preste Juan.

Pero no se sabía más, sino apenas ese poco de la otra mitad del orbe conocido.

La realidad de la gran Asia, en ese siglo XV, era muy diferente.

En el Catay (China), ha habido cambios desde los años de Marco Polo. El poder lo detentaban ahora los mandarines. La dinastía china creada por el monje budista Chu Yuan-Chang en 1368, al derrocar al último emperador mongol, se había consolidado. Las declinaciones del poderío mongol en China y su reemplazo por la dinastía china sometida al feudalismo, impidió que se reeditaran las oleadas invasoras de los invencibles guerreros de las estepas hacia Europa o la India. China sólo presionó y, como resultado, invadió los territorios vecinos a sus fronteras. El emperador Yung-Lo (1403-1424) ha conquistado la Manchuria, la Mongolia y la Indochina. Ha instalado su capital en Pekín y construye su palacio amurallado, la "Ciudad Prohibida", para defender el corazón de su vasto Imperio. Su vieja cultura y el influjo del laísmo y de Confucio, sigue dominando en el pueblo de ese pobladísimo e inmenso territorio.

El gran Imperio vivía encerrado en sí mismo y en sus conflictos internos.

En el Cipango (Japón), los largos dos siglos del Shogunato de los Ashikaga culminaban enfrentados en duras guerras civiles. Se inicia la formación de la casta de los Samurai y el rigor

del ideal del Bushido. Aquí sí dominó el budismo y, aún con las acentuaciones propias del shintoísmo, ambos contribuyen a la formación de un nítido carácter nacional. Las jerarquías de valores propios de esta nación, marcan su cultura y su identidad nacional histórica.

Tampoco el Cipango buscaba expandirse. Las guerras civiles interiores lo mantenían encerrado en sus islas. Ningún interés ni esfuerzo alguno por extender sus relaciones o proyectar su poderío más allá de los mares que protegían su territorio sagrado.

La India, profundamente dividida, enfrenta desde hace cuatro siglos a musulmanes y a príncipes indios. El Islam predominó desde el Indo al Ganges, toda la gran mitad norte de la gigantesca península, dando forma al sultanato de Delhi, hasta sufrir su destrucción (Siglo XV) por la invasión de Timur Lenk, "Tamerlán" para Occidente. Los musulmanes han formado el reino independiente Bahmani, que escapa a esa destrucción, pero que se desmembra a fines del siglo XV (1490). En el sur, se fortalecía el reino hindú de Vijayanagar, que sostiene guerras continuas contra Bahmani durante todo el siglo, hasta el desmembramiento de su enemigo.

El vasto espacio geopolítico del sub continente indostánico permanecía ignorado por sus pueblos, inconscientes a su trascendencia, pasivamente a la espera del destino.

Innumerables otros reinos, con siglos de larga tradición e historia, Korea, Manchuria, Siam, Ceilán, Cambodia, merecerían mención especial junto a reinos y sultanatos que se esparcían por los espacios del sudeste asiático y por grandes archipiélagos. Ellos completan ese mundo propio, cuatro veces mayor que el de toda Europa, más poblado y de culturas más antiguas y decantadas que las europeas, también cerrado en sí mismo, y que sólo se relaciona con Occidente a través de la ruta de la seda, o de las inestables y peligrosas rutas marítimas y costeras hacia Arabia y Persia, y, luego, a través de los árabes, a los puertos del Mediterráneo, para que Venecia los lleve a Europa.

Tan pocas líneas para el continente tan inmenso y vasto, no marca un análisis muy superficial, sino son las conclusiones inevitables frente a la existencia de sociedades encerradas en sí mismas que no obstante sus enormes poblaciones, extendidas en sus vastísimos territorios, no proyectan, ni conciben, ni desarrollan las potencialidades que su realidad y su geografía están sugiriendo.

TERCERA PARTE: CUÑA EXPANSIVA DEL ISLAM

Entre ambos mundos, el europeo -romano germánico y sus vecinos eslavos y bizantinos- y el asiático -India, Catay, Cipango y otros-, durante ocho siglos se había introducido la cuña expansiva, guerrera y dominante del Islam.

Junto a la expansión de su dominación política y guerrera, iba también la de su religión y su cultura. A veces, éstas, con su vigor, superaban a aquéllas y perduraban incluso después de que ya había desaparecido el poder de los jefes o sultanes impuestos.

Diferentes pueblos y, aún, distintas razas musulmanas, compartieron o se sucedieron en los ocho siglos transcurridos. Arabes, berberiscos, moros, seldyúcidas, ayyúbies, mamelucos y turcos, fueron expandiendo el poderío del Islam. Surgido en los desiertos, montañas y valles del Oriente Medio -núcleos forjados entre el rincón oriental del Mediterráneo, el Mar Rojo, el Océano Indico, el Mar Negro y el Mar Caspio- el Islam se extiende desde el Atlántico en la Península Ibérica y el norte de Africa hasta más allá de la India.

En el siglo XV, el turno histórico del gran poderío del Islam, lo había reasumido el Imperio Turco Otomano.

Los Otomanos -una rama de los turcomanos-, empujados por los tártaros hacia el Asia Menor fue, a lo largo de tres siglos, consolidando su poderío y buscando expandir su dominio a los Balcanes, por el oeste, al Cáucaso por el Norte y hacia los pueblos árabes por el sur.

Su expansión fue bruscamente detenida y su poderío destruido -en el último tercio del siglo XIV- por el rayo fulgurante del Tirum Lang o Lenk, el Cojo, "Tamerlán".

El gran guerrero turco Kesh, desde su natal Samarcanda, surge con sus invencibles huestes y destroza ejércitos y reinos desde el Egeo al Ganges, proclamándose a sí mismo Rey de Transoxiana y Sucesor de Gengis Khan. La lista de sus conquistas asombra: Khawarezca, Horda de Oro, Persia, Irak, Armenia, el sultanato de Delhi, Siria y el Asia Menor. En el alba del Siglo XV, (1405) Tamerlán preparaba su gran ejército para conquistar el Catay...cuando muere. Y con su muerte, se deshace también su fugaz reino.

El espacio vacío que deja ese poderío, desaparecido con la misma rapidez con que apareció, vuelve a ser llenado -en su mayor parte- por los otomanos, precisamente en el siglo XV y en los siguientes.

Es a mediados del siglo, precisamente en el año 1453, que los turcos otomanos marcan su entrada grande en la Historia, al conquistar Constantinopla y dar muerte para siempre al Imperio de Bizancio. Desde entonces, son los amos poderosos del Oriente del Mediterráneo y del Mar Negro. Han abierto su camino al dominio de los Balcanes y amenazan el corazón de Europa.

La ubicación estratégica del Imperio Otomano, dominante en el Asia Menor, conquistador de Constantinopla, único poder aglutinante y guerrero en el Medio Oriente, con voluntad de trascendencia y de dominio imperial, le permitía cortar en dos partes el mundo conocido. Separar el Asia de Europa; dejar encerradas en sí mismas a las inmensas masas asiáticas que barruntan apenas un interés nacional trascendente más allá de sus fronteras; ser capaz de provocar la adhesión o la sumisión de los pueblos árabes y de otros pueblos a sus fines propios; y, a la vez, acrecentar su dominio y su poder en los Balcanes, como llave para presionar o dominar en la Europa Central, eran los objetivos permanentes y válidos para este nuevo Imperio.

No obstante, y al margen de la magnitud de la amenaza que configuró para la Cristiandad y Occidente, la visión geopolítica del Imperio Otomano no fue nueva, ni fue distinta de la que durante ocho siglos sostuvo el Imperio Romano de Oriente. La única y fundamental diferencia entre ambas, radica en que mientras Bizancio vivió siglo tras siglo defendiendo sus fronteras y su influencia, y viendo reducirse ambas, el Imperio Otomano utilizó su posición como base para invadir otros pueblos y acrecentar sus dominios.

En efecto, si no extremamos la significación del asedio a Viena -siglos más tarde-, o el creciente dominio en el Mediterráneo occidental -logrado con el apoyo de Francia-, geopolíticamente, el Imperio Turco otomano no representó más que la última expresión del Imperio de Bizancio; el afán de reeditar un poder imperial en el mismo espacio geográfico, aunque fuese con otra concepción religiosa, otra conformación social, otra agresividad y otra visión de la historia.

Pero, por efecto de las circunstancias, como resultado de las fuerzas misteriosas que mueven la historia, el cerco musulmán que el Imperio Otomano y sus vasallos y aliados cerraban contra Europa, ayuda a que adentro de ésta germine la visión y la estrategia -de la más profunda intuición geopolítica-, para romper el asedio usando otras dimensiones de la geografía y de la capacidad superior del hombre.

Es la visión y la estrategia navegante que, junto al litoral africano desarrolla Portugal, para llegar a las Indias rodeando el Africa desconocida... Será el milagro de la visión e inspiración de un hombre solitario, y la fe e intuición superior de la Reina de Castilla y de León, que le dio los medios para transformar al mundo y para cambiar la historia del hombre.

VALORACION DE LAS POSICIONES MARITIMAS EXTERIORES

El cerco musulmán, cada vez más fuerte en el Mediterráneo oriental, había destruido o

inutilizado las posiciones marítimas interiores europeas que allí detentaban desde hacía siglos, Venecia, Génova o Cataluña. Nada, ningún esfuerzo parecía capaz de vencerlo o debilitarlo, ni ninguna negociación lograba ablandarlo.

Dominado el corazón geopolítico de la Antigüedad -y, todavía, de la mente estereotipada de los hombres occidentales-, por aquel enemigo implacable, era natural que se valorasen las posiciones marítimas exteriores de Europa.

Tal rol precursor y visionario correspondió a un hombre del Portugal, a don Enrique el Navegante.

El pequeño reino de la península ibérica luchaba porfiadamente por afirmar su independencia y su destino nacional, tal como sus príncipes habían luchado por echar a los moros de su tierra lusitana. Había heredado, en el secreto genético de las razas, inusuales condiciones de navegantes, adentrados desde hacía milenios, en un constante convivir con los mares costeros del tenebroso mar océano.

Poco a poco, a medida que los hombres construían barcos mejores y más grandes, y que su aprendizaje en las ciencias de la navegación, en la brújula y en la medición de altura, en la cartografía y en la orientación por las estrellas, se hacía más y más avanzado, la navegación soltaba velas y era capaz de adentrarse en mayores distancias y de develar los horizontes arcanos.

Así, Portugal llegó a las Azores. Con pilotos italianos, Castilla pudo descubrir las islas Canarias. Y Portugal pudo insistir por la costa africana, en lentas bordadas marineras, hasta alcanzar y sobrepasar el Cabo Bojador. Desde allí, rumbo al sur, sureste, abría esperanzas -todavía infundadas-, de encontrar un paso hacia el mar de la India.

Es el instante en que su príncipe providencial, don Enrique el Navegante, fija a Portugal la orientación para su destino. Crea una escuela de navegantes, una política nacional de expansión

marítima, una estrategia marítima de afirmación nacional, y, podríamos decir, una visión geopolítica nueva: la valoración de las posiciones marítimas exteriores, y la potencialidad de expansión territorial fundada en el dominio del mar y de las comunicaciones marítimas exclusivas.

EL GENIO DE COLON CAMBIA LA GEOGRAFIA DEL MUNDO

Ha llegado el instante que la Historia, en el misterio y sabiduría de los tiempos, tiene reservada al genio. Es el instante en que los ensueños, los esfuerzos y las visiones de un hombre solitario, tras navegar por los mares de Europa hasta la última Thule, escudriñando brumas y leyendas ancestrales, y por las islas y mares norafricanos, registrando atisbos, los rumores de las mareas y los silencios; y tras vagar por las cortes de toda Europa buscando visión y apoyo para sus ideas, encuentra ambos en la mente misionera de la Reina Católica de Castilla y de León, Isabel.

Cristóbal Colón, enigmático, extranjero, desconocido y misterioso, atrayente en su alta figura y en la fuerza de convicción que trasmite su espíritu, abre un mundo nuevo a la inteligencia y a la visión trascendente de la Reina.

Todo lo que plantea, de comienzo a fin, es lo más nuevo que se ha planteado jamás en la historia humana. Nuevo en la idea, en la concepción, en los caminos que se han de seguir, en los medios que ha de usar y en el resultado que ha de alcanzar.

La Reina Isabel escucha, atiende, medita...y acepta y se compromete en la aventura. Pide una sola cosa, junto con el acatamiento absoluto del interés nacional de su Reino: el respeto irrestricto de la finalidad espiritual y religiosa de la cruzada marinera que ella apoya.

La genialidad de Colón consiste, esencialmente, en tres innovaciones históricas absolutas:

Una, atreverse a desafiar la Historia y la costumbre milenaria de la Humanidad, que siempre se movió a través de la tierra, en espacios planos, para sostener poder hacerlo redondeando la Tierra. Es decir, dirigiéndose al Oeste para llegar al Este.

Dos, atreverse a desafiar la geografía ignota, las certezas de las ciencias de su tiempo, las tecnologías aplicadas y conocidas tan insuficientes, los instrumentos de navegación escasos y rudimentarios, el desconocimiento de las distancias, la absoluta orfandad de recursos, de alternativas, y la incomunicación más absoluta.

Tres, lo más esencial y trascendente, atreverse a desafiar a la Mar Océano, y en vez de navegar por las costas, a la vista del litoral, enfrentar el Océano ignoto y navegar mar afuera hacia lo infinito. Es la primera vez en la historia, a través de milenios de cultura, que el hombre entra navegando a cruzar el mar desconocido, sin referencias a tierras ni a orillas próximas, sino abierto al más allá...

A través de los cinco siglos posteriores a su gesta, ni los historiadores, ni los pensadores, ni los escritores más sutiles, parecen haber comprendido en toda su profundidad este último aspecto genial implícito en la gesta del Descubrimiento de América. En su visión premonitora y en el significado de apertura hacia nuevos horizontes planetarios, sólo lo he visto comprendido en el espíritu de grandes marinos y navegantes.

La navegación a través del océano -cruzar la alta mar dejando atrás las costas conocidas para alcanzar los horizontes marinos, unos tras otros, siempre repetidos, innumerables e imprecisos-, abre una nueva dimensión al hombre, a su cultura y a su Historia.

En la proa de las naves de Colón, detrás de los horizontes de la Mar Océano, surcados durante sesenta días, surge en definitiva un mundo nuevo. En los años siguientes, nuevas navegaciones y descubrimientos le irán dando

forma, levantando sus perfiles, dibujando su geografía y entrando en relación con la realidad de sus pueblos y de sus culturas.

Y, también, habrá de surgir un nuevo océano. Otro océano, de dimensiones desconocidas, y cuyos accesos, vientos y corrientes ignorados e inciertos tenderán al espíritu nuevos y enormes desafíos.

Sólo entonces, en siglos de aprendizaje, el hombre podrá conocer la geografía y la dimensión de su morada.

UN SOLO MAR Y UN SOLO MUNDO

Cuando Américo Vespucio, navegante italiano a las órdenes de Castilla, navega las costas de Venezuela, la desembocadura del gigantesco Orinoco y toma rumbo hacia el Este siempre a la vista del litoral de un inmenso continente, para recién torcer al sur-este después de cientos de leguas marinas, sabe ya a ciencia cierta que las tierras surgidas detrás de la Mar Océano son un nuevo mundo y no parte de la vieja Asia. Su sensibilidad, su mente abierta al prodigio, junto a su fácil narrativa y a sus muchos vínculos con los Médicis, con geógrafos y con impresores, hacen posible que con tanta rapidez como injusticia se dé su nombre a esta nueva tierra descubierta y no reconocida por Colón.

Pero, detrás del nuevo mundo tenía que haber un nuevo océano que separara estas tierras del Asia milenaria. Y el nuevo desafío impulsa la acción descubridora.

Ha de ser Vasco Núñez de Balboa quien lo descubra. Por una contradicción, impuesta por la desconocida geografía, tendrá que llegar caminando a través de selvas, montañas y pantanos, hasta hundir sus pies en las aguas y tomar posesión del nuevo océano para España.

El nuevo desafío surge instantáneo: ¡hay que descubrir la unión de los dos océanos!

Hernando de Magallanes, navegando para España, asume la misión, donde otros ya han fracasado. Dos veces había navegado bajo bandera portuguesa a la India y al Moluco, por la ruta africana. Ahora quería hacerlo buscando la ruta nueva, y así redondear la tierra y cerrar la unidad del mundo. La visión originaria e intuitiva por Colón en su viaje augural, habría de realizarla igual si el planeta fuera más grande que el que Colón pensaba.

Magallanes la realiza. Encuentra el estrecho que une los dos océanos y navega el Pacífico hasta arribar al enorme archipiélago de las Filipinas, tan cerca ya del Moluco buscado y navegado por él anteriormente. La triple misión está cumplida. Se ha descubierto la unión de los grandes océanos; se ha demostrado que hay un solo y gigantesco mar, que hace del mundo uno solo; y se ha demostrado que se puede navegar hacia el oeste para arribar al este.

Muerto Magallanes, le sucede Sebastián Elcano, quien llegará al Moluco y, luego, soltando velas hacia el sur oeste bordeará el extremo de África, para tornar al norte por el viejo Atlántico hasta regresar a España.

Pero el mundo ha resultado ser mucho mayor, de una dimensión oceánica jamás pensada a lo largo de la historia. Y en esa inmensa geografía, las potencias han de descubrir las posiciones terrestres e insulares que aseguren su poderío, y sabrán que tendrán que navegar para ser potencias universales.

SIGNIFICADO GEOPOLITICO DE LAS NAVEGACIONES Y DESCUBRIMIENTOS

Las navegaciones -prodigio de la suma de navegantes y marineros y de sus barcos, del aprendizaje de vientos y corrientes, de los astros y rudimentarios imanes y agujas, astrolabios y medidas-, son los instrumentos del saber, del conocer, del descubrir, del develar lo ignorado y lo oculto en las distancias. Son, a la vez, los instrumentos humanos y físicos para dibujar la geografía planetaria; y, definitivamente, serán los

instrumentos para plasmar nuevas dimensiones de la geopolítica.

Las navegaciones hispánicas a través del Océano Atlántico y las lusitanas junto a su litoral africano, dieron fundamento jurídico e histórico a la Bula Intercoetera, dictada por el Papa Alejandro VI (1493), y a la división, entre ambas naciones, de las aguas y de las tierras descubiertas y por descubrir a ambos lados de la línea trazada de norte a sur en el Océano. Más tarde, el Tratado de Tordesillas (1494), basado en el resultado de otras navegaciones y descubrimientos, y en difíciles negociaciones, correría esa línea hacia el Oeste, tanto en el Atlántico como en el Pacífico, pero siempre pretendiendo dividir en dos el ahora gigantesco orbe.

Ya en este tiempo, sin duda, la navegación crea un nuevo factor, un elemento distinto, que pasa a conformar una potencialidad y, aún, una posición geopolítica. Si en la Antigüedad, para Fenicia o Grecia, para Cartago o Roma, la navegación en el Mediterráneo era parte consustancial para su poderío, no es menos efectivo que ella siempre requería y estaba unida a la posesión física, perdurable y defendible de su posesión terrestre. Otro tanto sucedió durante toda la Edad Media y en los siglos XIV y XV, para el desarrollo de Estados navegantes y comerciantes como Venecia, Génova y Cataluña, no obstante el desarrollo de notables instituciones político-jurídicas como el Consulado o las leyes de navegación y de comercio marítimo.

En cambio, en este tiempo de las navegaciones oceánicas y de los descubrimientos planetarios, podríamos decir que la posición geopolítica la configuraba la navegación misma: el navegante y su barco, la ruta y el conocimiento que de ella tenía el navegante y su Rey.

Estas generaban derechos para el Estado, exigibles ante la sociedad internacional. Estas eran título para el dominio de las posesiones terrestres, y, aún, para imponer la soberanía sobre las poblaciones anteriores de esa tierra.

El descubrimiento marino era el título originario para ejercer la voluntad de dominio y la ocupación, como modo de adquirir.

Nunca antes en la Historia, ni nunca después, la navegación y el descubrimiento que produjera pudo tener tan significativa importancia y tanta trascendencia. Cambió la geografía del planeta; cambió la cultura de las naciones; cambió la concepción del hombre sobre su propio espacio; cambió la dimensión de los Estados y su poder; cambiaron los horizontes y la visión del futuro de hombres y de pueblos; cambió el derecho y cambió la ciencia, la economía y la alimentación humana, el arte y las tecnologías. En dos palabras, cambió el hombre y cambió su planeta; cambiaron los horizontes y los instrumentos del hombre destinados a alcanzarlos y a dominarlos.

Nada, en consecuencia, pudo causar una más profunda y radical transformación de la realidad geopolítica del orbe, que la navegación y la era de descubrimientos geográficos que abrieron hace cinco siglos la visión y el ensueño, la voluntad y el genio de Cristóbal Colón.

TRANSFORMACIONES GEOPOLITICAS DEL MUNDO DESPUES DE 1492

El planeta anterior a 1492, era esencialmente terrestre. Formado por las extensiones de Euroasia, del norte de Africa, sus mares interiores y sus islas próximas, como las británicas, las japonesas y los archipiélagos del sudeste asiático, sólo asumía como límites o barreras terminales los mares de los grandes océanos marginales o finales del orbe: el tenebroso mar océano de Europa; los hielos eternos del Artico; y los mares insondables al este del Cipango y el Catay. Y tras los mares océanos,...nada.

El planeta Tierra posterior a las grandes navegaciones y a los descubrimientos iniciados por Colón, es ya esencialmente marítimo. Al extremo que los geógrafos y cosmógrafos intuyen la existencia de la Terra Australis, como una gran masa continental en el sur del orbe que

debía equilibrar la gran masa continental de Euroasia. Vano intento. Las tierras existentes, que se descubrirían en los siglos siguientes, no alterarían la característica marítima de la superficie del planeta.

La dinámica realidad geográfica abierta por los descubrimientos, fue asumida de muy diferente manera por unas y otras naciones. La comprensión o la intuición o el instinto que llevó a algunos reinos a enfrentar este desafío y a realizarlo como destino propio, marcó la ascensión de esos pueblos a un rol imperial de varios siglos de duración. En cambio, los que no lo entendieron, o no pudieron o supieron hacerlo, quedaron postergados a lo menos por cuatro siglos.

Esta sola constatación histórica, marca a grandes Imperios como España, Inglaterra y Francia, y a reinos más pequeños pero tercamente capaces de sostener perdurables Imperios, como Portugal y Holanda, en contraposición a otros Estados, quizás todavía más poderosos pero alejados de la visión oceánica y navegante, o encerrados en sus posiciones de tierra adentro.

La misma consideración cabría hacer con respecto a Estados más pequeños pero de tan profunda convicción marítima, como Venecia o Génova, pero que no pudieron acrecentar su poderío propio en esta Era de la navegación y de los descubrimientos. La verdadera explicación de esta paradoja, reside, a nuestro juicio, en las limitaciones y en las crisis sufridas por las posiciones marítimas interiores mediterráneas, debido al creciente dominio turco, y en la gran valoración de las posiciones marítimas exteriores, abiertas a los océanos.

La valoración de estas posiciones y de sus potencialidades geopolíticas, no fueron, sin embargo, siempre prioritarias para los Estados que las detentaban y las desarrollaban. La más de las veces, sin duda, ellas fueron secundarias, incluso casi marginales, frente a la prioridad absoluta que esos Imperios daban a la política, a la geopolítica y a la estrategia intraeuropea. El

caso de España bajo Carlos V y Felipe II, es un ejemplo decisivo.

La realidad geopolítica del mundo después de 1492, con todo, marca siderales diferencias con respecto a las existentes con anterioridad al vuelco histórico que producen el Descubrimiento de América y la llegada a la India del portugués Vasco de Gama.

I. EUROPA OCCIDENTAL SE ABRE AL MUNDO

El intento de España por burlar el cerco islámico y agresivo del Imperio Otomano, condujo a los descubrimientos geográficos más trascendentes de la Historia y provocó cambios y transformaciones definitivas en la Humanidad. Pero, sin embargo, no alcanzó el objetivo originario que se había planteado.

Esta circunstancia, tal vez, y la conciencia de fortalecer el gran Imperio Católico en Europa, defendiéndolo de las amenazas exteriores del islamismo otomano, y de las amenazas y divisiones internas del protestantismo, obligaron a los monarcas Habsburgo a dar prioridad a la política y a las guerras en Europa y el Mediterráneo, en vez de volcar todo su inmenso poderío en cerrar para sí todo el extenso nuevo mundo y los dos océanos que le permitían controlar el Asia lejana.

Portugal, alejado de las contiendas europeas -salvo aquellas que afectaban su propia independencia-, siguiendo a lo largo de todo el Siglo XV la ruta costera del Africa, bordada por bordada, llega al extremo austral del continente y, rodeándolo, puede subir hacia el norte hasta llegar a la India. Así alcanza aquel objetivo, burla el cerco turco, y puede adueñarse de todo el comercio de la seda y las especias del Oriente. En el siglo siguiente ha de llegar al Catay y, más tarde, al Cipango, y a Timor, y crear una red de alianzas que le asegure la exclusividad.

Los diferentes resultados de la aventura navegante y marinera de España y de Portugal,

marcaron dos formas distintas de la gran consecuencia histórica que estas navegaciones significaron para Europa y para el mundo. La consecuencia definitiva, es que Europa se abre al mundo. Una forma será imperial, dominante, colonizadora, evangelizadora y civilizadora; pero también, destructora de culturas y, con frecuencia, explotadora inmisericorde de los pueblos dominados. La otra forma será más comercial, limitada a influencias, a alianzas y concesiones, buscando, siempre, monopolizarlo en beneficio propio; pero, llegará a ser esclavizadora e igualmente explotadora e inmisericorde de los pueblos originarios. Una u otra forma serán aplicadas por todos los Estados imperiales europeos, dependiendo su elección de las decisiones de sus monarcas, o más bien de las relaciones de poder existentes, en cada caso, en cada pueblo, o en cada tiempo.

La luz y la sombra, abisales y desconcertantes, son valoraciones éticas de un análisis histórico. Su apreciación no es materia de estudio. La constatación geopolítica es la salida de Europa, navegando a través de los océanos, a la conquista y a la dominación del mundo.

Inglaterra, Holanda y Francia, a lo largo de los siglos XVI y XVII, van a seguir interesadas en desarrollar sus propias posiciones geopolíticas en los espacios abiertos por España y Portugal, en fortalecer sus potencialidades navegantes y sus respectivos imperios de ultramar.

La suma de estas acciones expansivas de cinco potencias europeas, en el vasto espacio americano, africano y asiático, aún cuando se vaya realizando como una expresión del vigor nacional que trasciende el ámbito universal, vienen a conformar un nuevo cuadro geopolítico.

En los inicios del siglo XVI, no obstante, no eran muchos los que percibían en todo su significado, la magnitud de las transformaciones que abrían los descubrimientos marinos. Pero sí se percibían en los reinos directamente interesados, Portugal y España, que pretendían sostener sus beneficios y exclusividades celosamente.

Para estos Estados, nada había cambiado en la realidad geopolítica de Europa y del Mediterráneo, pero era incuestionable que se habían creado posiciones geopolíticas y estratégicas absolutamente nuevas. Así, Portugal concebía y defendía a sangre y fuego su dominio exclusivo sobre África y las rutas marítimas africanas hacia la India y el Moluco, e incluso en los mares de Java, la China y Japón. Por su parte, España pretendía cerrar su coto exclusivo sobre las tierras, sobre los mares y aguas atlánticas de América y sobre la totalidad del inmenso Océano Pacífico, transformado de hecho en un inmenso lago español.

Son estas visiones geopolíticas, las que confrontan las ambiciones y expectativas de Inglaterra y de Holanda. Ambas sienten que la concepción de la Bula Intercoetera, sólo satisface aspiraciones y presuntos derechos de las naciones hispánicas, y niega toda legitimidad a la creación, descubrimientos e intereses de sus pueblos. Más aún, cuando entran, en el siglo XVI a cuestionar la autoridad y legitimidad del Papa. Asumen el desafío, crean sus propias marinas de guerra y mercantes, su poder naval, intentan dominar los mares y enfrentan el dominio exclusivo de España y de Portugal. A muy poco andar, Francia suma su propio desafío, recurriendo al ancestro navegante de sus propias raíces normandas, y a su total desaprensión para pactar, inclusive con el turco, en contra del católico monarca español.

No obstante, el aire renovador y visionario no entra en el corazón europeo. El centro político y estratégico de Europa sigue siendo el centro terrestre del continente. El control del Imperio Romano Germánico, el control de Italia, el control centro europeo afirmado en las naciones balcánicas, el control de Flandes y el control del Rin y, si es posible, del Danubio, reflejan los espacios estratégicos que conforman la visión geopolítica europea. Adicionalmente, el Mediterráneo, sus posiciones insulares y terrestres, y las posibilidades marítimas y terrestres de alcanzar una victoria definitiva en ese ámbito -Lepanto y Túnez-, entran a escribir la historia.

Las potencias opuestas al Imperio español, Francia, Inglaterra u Holanda, no demuestran

haber comprendido el significado histórico y geopolítico de la acción de España, ni tampoco la trascendencia de la lucha contra el poderío islámico y turco. Todas sus acciones y su estrategia, durante tres siglos, apuntó a debilitar, a confundir y a destruir no sólo al Imperio Español, sino, también, el significado histórico, civilizador y evangelizador de España.

II. ASIA SE SOMETE A LAS INFLUENCIAS EUROPEAS

La segunda parte, la gigantesca Asia milenaria, se sorprende ante la irrupción inesperada y, luego, sucesiva, de las potencias europeas. Ninguna de las grandes naciones sabe defenderse frente a éstas, que no pretenden dominaciones territoriales extensas, ni imponer dinastías o poderes políticos expresos... Sólo piden franquicias comerciales, y algunos puertos o concesiones desde donde comerciar, libre y abiertamente.

Con la amplitud de su mente, China lo acepta, una y otra vez, durante centurias. Sólo al promediar el siglo XIX, la brutalidad y el abuso comercial de la droga y de la miseria, habrán de provocar la reacción nacional y la lucha.

Hasta ese entonces, todavía tan lejano, ni en la India -donde Portugal se instala en Goa, Madrás y los enclaves interiores-, ni en la China -donde se adueña de Macao-, ni en Japón -donde obtiene concesiones comerciales y amplio monopolio-, ni en Tidore -donde masacran sin piedad a los españoles-, la penetrante influencia comercial europea pasa a tener el menor tropiezo. A menos, por cierto, que sea un Estado europeo el que se opone a la entrada de otro Estado europeo.

Lo anterior, en forma terminante, permite concluir que en el Asia lejana, en esa vasta y poblada segunda parte del mundo, las únicas concepciones y variaciones políticas y geopolíticas fueron asumidas a lo largo de tres siglos, por los emergentes y dominantes Imperios europeos: Portugal y España, primero; Holanda e Inglaterra, después; y finalmente Francia. Más tarde, se sumarían varios otros...

III. EL ISLAM AUTO CERCADO

El poderío del mundo islámico, dominado sin contrapeso por el Imperio Turco Otomano desde los inicios del siglo XVI, ha de mantener sus mismas características hasta el término de la Primera Guerra Mundial, ya en el siglo XX.

No hubo ninguna nueva visión geopolítica, ni estratégica, no obstante las inmensas transformaciones y cambios habidos desde 1492. El Imperio porfió su entrada al centro de Europa, sitiando dos veces Viena en diferentes siglos, e insistiendo en dominar los Balcanes y el Mar Negro, Crimea y el Cáucaso, Egipto y los reinos árabes. Es decir, persistió en magnificar su rol de Imperio central del Mundo Antiguo, terrestre y mediterráneo, ignorando o menospreciando la profundas transformaciones que creaba la Era de los Descubrimientos, y los gigantescos desafíos y proyecciones que abría a los pueblos imperiales.

Pareció ignorar la profunda alteración geopolítica que había producido la llegada de las potencias occidentales al Asia. No valoró la creación de posiciones de aquéllas, de fuerza creciente, primero en la India, luego en China y en el sudeste asiático, posteriormente en Adén y finalmente en Suez. Preocupado por el poderío creciente de Rusia en el Mar Negro y sobre los Balcanes, y por la tenaz oposición de los Habsburgos en el centro de Europa, el Imperio Otomano no buscó extender su poder hacia los débiles reinos y sultanatos musulmanes de la India y del Sudeste asiático, y confrontar allí a los imperios occidentales que lo estaban cercando.

Paradójicamente, el poderío islámico que en el siglo XV cercaba a Europa y la estrechaba contra la mar tenebrosa del Atlántico, desde el siglo XVI en adelante, y en virtud de la salida navegante de Europa hacia el ancho mundo y hacia el Asia, había comenzado a quedar cercado en sus vastas extensiones terrestres.

Estas circunstancias, que nadie midió en su tiempo, pero se fueron transformando en

realidades históricas evidentes, son, sin embargo, expresión de los cambios geopolíticos potenciales que creó la gesta marinera de Colón y el Descubrimiento del Nuevo Mundo.

PARRAFO FINAL

El transcurso del tiempo, quizás tres o cuatro siglos, hizo evidente a los estadistas de las grandes potencias occidentales, lo que un análisis geopolítico esencial habría demostrado ya desde los inicios del siglo XVI. El instinto nacional de poder y de expansión, pudo suplir las deficiencias de conocimientos y de análisis, en muchos casos, pero no en todos ellos. Y los vacíos y los errores significaron la pérdida de tantas posiciones y posibilidades, como también de tantos sacrificios y de tantos ensueños.

La comprensión de la trascendencia de la posición geopolítica y de las potencialidades que abrían y creaban la navegación y el poder naval de un Estado, sumadas a la conciencia de un destino oceánico para una nación marítima, levantó en estos siglos a grandes potencias. El olvido o la ignorancia de tal realidad, provocó la decadencia o la postergación de otras, inclusive, en su hora negra, de aquellas que navegando habían abierto el mundo en toda su geografía, su realidad marítima y en toda su unidad.

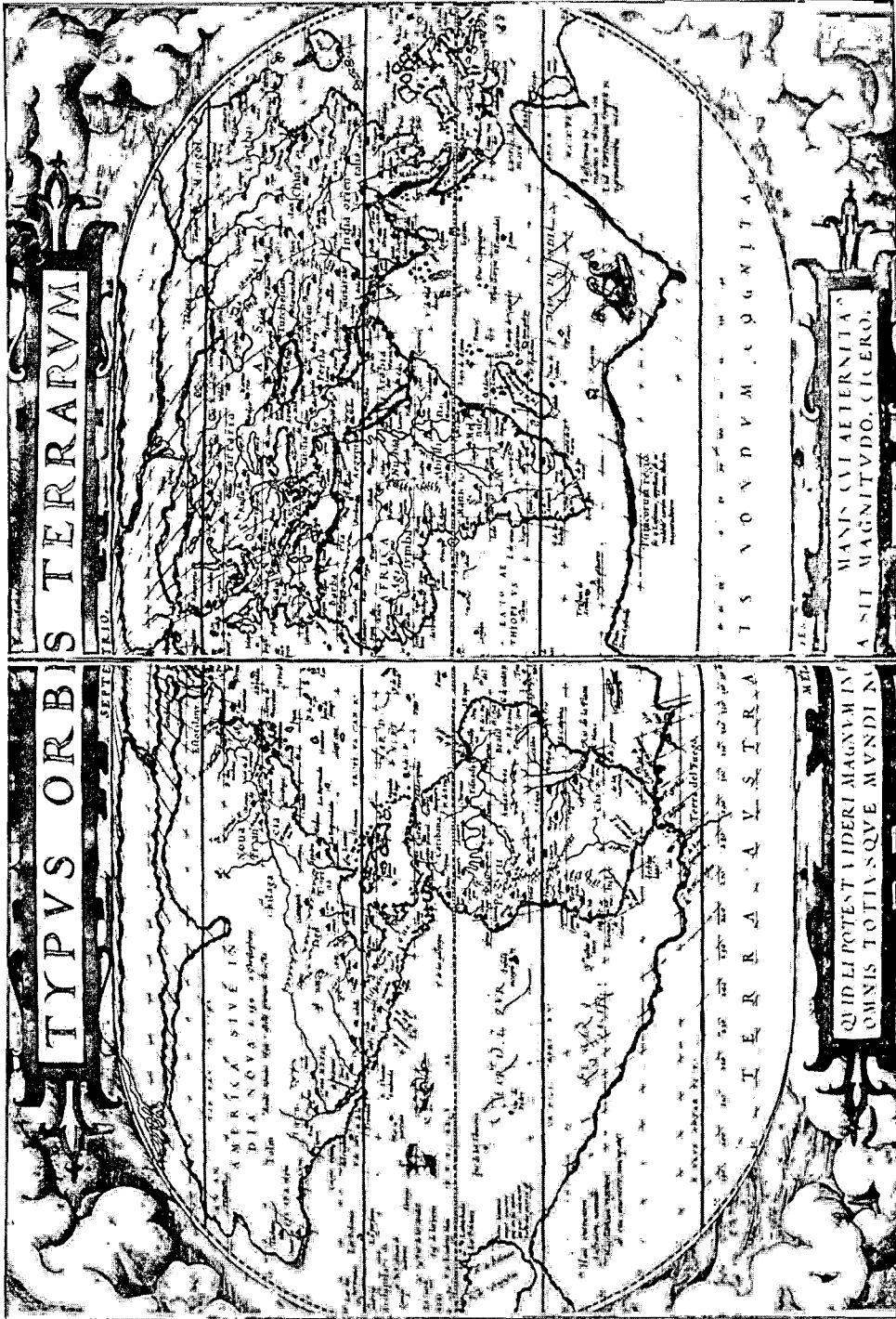
Una comprensión profunda de la Historia de los últimos cinco siglos, nos confirma que todo lo esencial comenzó en el alba del 12 de octubre de 1492, hace quinientos años, cuando ante la proa de las naves de Colón surge desde lo ignoto de la "Mar Océano" un nuevo mundo. Y tras él, un nuevo y mayor océano, que el hombre también aprende a navegar y cruzar.

Un solo mar y un solo mundo fue la consigna no dicha pero intuída y luego vivida por los navegantes que redondearon la tierra y le dieron toda su extensión, y esa consigna -que es una realidad-, marca y orienta el destino de toda nación que anhele construir su futuro y asegurar su identidad, su independencia y su presencia universal.



Reproducción del Mapa Mundi de FRA MAURO de 1459 que se conserva en la biblioteca Marciana de Venecia.

Este mapa está basado en los viajes y crónicas del Veneciano Marco Polo y de otros genoveses al Cuerno Oriental del Africa.



Reproducción del Mapa Mundi de ABRAHAM ORTELIUS "TYPVS ORBIS TERRARVM", publicado en Amsterdam en 1612.

Se suponía que Australia como asimismo Tierra del Fuego, formaban parte de la llamada Terra Australis Incognita que se extendía por el extremo austral del mundo, equilibrando la gran masa terrestre del hemisferio Norte constituida por el continente Euroasiático y América del Norte.